

LA AUTORA BESTSELLER MUNDIAL

ALI HAZELWOOD



UN AMOR  
 DE VERANO  
 COMPLICADO

CONTRALUZ



ALI  
HAZELWOOD

*UN AMOR  
DE VERANO  
COMPLICADO*

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez



CONTRALUZ

Título original: *Problematic Summer Romance*

Todos los derechos reservados incluido el derecho de reproducción total o en parte de cualquier forma. Ninguna parte de este libro debe ser usada o reproducida de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Random House Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Primera edición: julio de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2025 by Ali Hazelwood

© de la traducción: Nerea Gilabert Giménez, 2025

Ilustraciones de interiores: Limones y flores © Kotkoa/ Shutterstock.com;

Trinacria © darko m/ Shutterstock.com

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.) Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-19822-93-2

Depósito legal: M. 10.854-2025

Printed in Spain

*Una vez más, para Jen, la única que me pidió  
que escribiera esta historia.  
Feliz cumpleaños. He hecho que sea así  
de turbulenta especialmente para ti.*





## Prólogo

Me da vergüenza admitirlo, pero, por un instante, me planteo seriamente no ir a la boda de mi hermano.

—¿Eli lo sabe? —me pregunta mi amiga Jade.

—¿Que prefiero lamer el suelo de un baño que estar presente mientras intercambia los votos con el amor de su vida?

—No. Que lo escuchaste.

Niego con la cabeza sin apartar la mirada de mis patines. Me gusta imaginarme que el hielo es la representación de lo que habría preferido no escuchar y que, al patinar, lo voy rajando con las cuchillas. No hay nada como un poco de violencia para levantarme el ánimo.

—Maya, no vayas y ya está. Debería ser fácil escaquearte. ¿No es ese el objetivo de celebrar una boda en un lugar a tomar por culo? Cumples con tu deber invitando a todas las personas que conoces, incluida esa tía lejana que colecciona muñecas y el primo tercero que abraza a la gente empapado en sudor, pero, por dentro, esperas que el noventa por ciento de los invitados te manden sus disculpas y digan que no podrán acudir. Ahora en serio, si a la gente le sobrara la pasta y quisiera pegarse

unas vacaciones, no se la gastaría yendo a comer una mierda de tarta nupcial a un sitio elegido por otra persona.

—En teoría, sí. —Sería mucho más satisfactorio si el hielo sangrara, aunque solo fuera un poquito—. Pero lo cierto es que esa no es la razón por la que Eli ha elegido celebrar la boda lejos de aquí. Para empezar, se ha ofrecido a pagarles el vuelo a todos los que no pueden permitírselo. —Es decir, a mí. Mi hermano es mayor que yo y tiene un trabajo muy bien remunerado, dos cualidades que comparte con todas las demás personas de la lista de invitados.

No todo el mundo tiene el placer de ser como yo y formar parte del exclusivo y glamuroso mundo de los universitarios recién graduados.

—Espera. ¿La boda no es en Italia? Eso debe de costar un pastizal.

—Ya, bueno. No va corto de pasta.

—¿Y qué? ¿No puede limitarse a acapararla? —Finge que le dan arcadas—. Odio a las personas generosas.

—Son insoportables. —Hago un giro hacia atrás con los brazos abiertos como si fueran alas—. De todas formas, es una boda íntima. Seremos menos de una docena de personas durante la semana previa a la celebración. Solo los amigos más cercanos. Y, para la cena de ensayo, está previsto que lleguen treinta más. El otro día tuve un momento de debilidad del cual *no* me enorgullezco y le solté una mentirijilla a Eli. Le dije que tenía que quedarme más tiempo en Austin para asistir a la entrevista final de ese proyecto del Instituto de Tecnología de Massa-

chusetts. Y que no podría reunirme con ellos hasta unos días más tarde, justo antes de la ceremonia. —Suspiro. Vuelvo a cogerle el paso a Jade. La pista está casi desierta y el hielo brilla con su blancura bajo las luces del techo.

—¿Y?

—Y me miró como si hubiera pellizcado a su perro, como si le hubiera dicho que el Ratoncito Pérez no existe y como si estuviera intentando meterle el pie por el culo. Todo a la vez. Una mirada de pura traición.

—¿Cómo se atreve a valorar tanto tu presencia?

—Ya, me saca de quicio. Yo aquí, pensando que los dos somos unos pragmáticos desalmados a quienes se la sudan las convenciones, y va y me sale con esas. A ver si se cree que no tengo en mente acosarlos a él y a su futura mujer durante las próximas cinco u ocho décadas.

—Es evidente que estar enamorado lo ha ablandado más de lo que cabía esperar. Pero no te preocupes, amiga mía. —Jade se detiene frente a mí, bloqueándome el paso—. Has acudido a la persona indicada. Soy experta en el arte de salirme con la mía.

—Bien. Dispara.

—La forma más eficaz de escaquearte de un compromiso es sufrir una dolencia. Concretamente, una que cumpla las tres íes. —Las enumera con los dedos—: Infecciosa, incómoda y, sobre todo, inesperada.

Parpadeo. Ella no se viene abajo.

—La enfermedad debe sobrevenirte de una forma tan repentina que sea algo imposible de predecir. Debe ser transmisible, algo que te impida viajar. Y, lo más importante, debe dar grima e incomodar. Como, por ejemplo,

tener fístulas purulentas. Algo que genere malos olores. Fluidos. Tiene que ser algo tan chungo que nadie se plante que estás mintiendo, y es que ¿por qué iba alguien a destruir su reputación así porque sí?

—Jade —tomo sus manos entre las mías—, gracias. Esta información es oro.

—De nada. He estado sopesando la posibilidad de organizar un taller.

—Pero no te lo he contado porque quisiera hacer una lluvia de ideas para escaquearme.

—Ah. ¿En serio?

Respiro hondo.

—Si mi hermano me quiere en su boda, voy a ir. Fin de la historia.

—Ah. Comprendo. —Suelta un profundo suspiro—. ¿Recuerdas la época en que lo odiabas?

—Sí. Qué tiempos aquellos. —Me fuerzo a encogerme de hombros—. Pero solo será una semana. Sinceramente, estoy siendo un poco infantil.

—¿Segura?

Asiento y reanudo la marcha sobre el hielo. Un instante después, Jade me alcanza.

—Bueno, no olvides que la diarrea explosiva es tu amiga. —Me pasa un brazo por debajo del mío—. Puede resultarte útil si en algún momento te encuentras sentada frente a Conor Harkness.



*7 días  
antes  
de la boda*







## Capítulo 1

En un golpe de suerte por el cual estoy muy agradecida, la criatura favorita del mundo mundial de mi hermano es un perro.

Bueno... Eso no es del todo cierto. La vida de Eli gira alrededor de un único centro de gravedad: Rue, su prometida. Y, después de dos años de observarla, estudiarla meterme con ella, mirarla de reojo y entablar conversaciones rebuscadas con ella, debo admitir que no lo culpo. Rue es única y complicada y leal y callada y a la mayoría de la gente no le cae demasiado bien.

Hubo un tiempo en el que creía que era fría. Me preocupaba que su relación con mi hermano estuviera condenada a decantarse siempre hacia el mismo lado y que acabara rompiéndole el corazón. Sin embargo, con el tiempo se ha hecho cada vez más evidente que ella haría cualquier cosa por él, incluso fingir que le interesa la chapa que le está pegando su hermana pequeña por cuarta vez en un mes sobre si debería o no hacerse flequillo.

Tras evaluarla, considero que es digna de su amor.

Sin embargo, el perro vino antes que Rue. Eli lo rescató de una perrera. Pesa noventa kilos, es un encanto y

entre sus aficiones se incluyen roncar, llenarse de babas y ser indiscriminada y agresivamente cariñoso. Cuando Eli empezó a pensar que sería bonito celebrar una boda con solo los amigos y familiares más cercanos, fue Rue quien dijo:

—Pero no deberíamos celebrarla muy lejos.

—¿Por qué?

—¿No quieres que Tiny esté presente?

En efecto: digna de su amor.

Por suerte, a Tiny le encanta viajar, lo que les permitió mantener la opción de Europa sobre la mesa. Por desgracia, no todas las compañías aéreas permiten transportar en cabina a perros del tamaño de un oso que ladran cuando se despiertan asustados por el olor de sus propios pedos. La deficiente higiene del sueño de Tiny me rompe el corazón, pero también es una oportunidad a la que me he agarrado como a un clavo ardiendo.

—He encontrado una compañía —les dije a Rue y Eli un par de semanas antes de la boda—. El vuelo llega un día después que el vuestro, pero viene con un montón de comodidades especiales para perros grandes. Tiny estaría cómodo. Y yo podría acompañarle. —Le dediqué una sonrisa a Tiny, cuya cabeza ya estaba apoyada en mi rodilla—. Hola, precioso. ¿Te apetece ir de excursión con la tía Maya?

Empezó a mover la cola tan rápido que parecía un helicóptero.

Así es como he conseguido ahorrarme un día de la Semana Infernal y, además, voy a tener el placer de pasar el rato con el único ser vivo masculino que nunca me ha roto el corazón.

—Tiny Archibald Killgore —le digo mientras se revuelca por el pasillo del avión, aceptando con gusto las caricias en la barriguita de los diecisiete nuevos mejores amigos que ha hecho en lo que llevamos de vuelo—. Tú nunca me vas a decepcionar.

En un momento dado, pasamos por unas turbulencias. El macho de mis sueños se me sube al regazo de un salto y después se le olvida volver a bajarse.

Viajar de Austin al aeropuerto de Catania, con una escala de por medio, nos lleva unas quince horas. Tomo la decisión consciente de no pagar por tener wifi y, en lugar de pasarme el trayecto estresada hablando con Jade, me centro en lo importante: mentalizarme.

Cualquier defensa que haya construido contra Conor Harkness requiere ser reforzada urgentemente.

Nunca dudé que él también vendría a la boda. Al fin y al cabo, es el mejor amigo de mi hermano, sin contar a Tiny (aunque yo sí lo cuento). Ambos son socios, o zares, o como se llamen, de Harkness, una empresa de biotecnología con la que ganan dinero haciendo no sé qué cosas raras. Cosas que me han asegurado varias veces que son legales. Él es, por alguna razón que aún no me han terminado de explicar bien, el culpable de que la boda se celebre en Sicilia y no en Canyon Lake o en Galveston, Texas.

Salvo que se diera una gran discusión sobre la caída del índice Nasdaq en bolsa, estaba claro que Conor iba a ser el padrino de Eli.

Como le expliqué a Jade, el problema no es Conor *per se*.

Aunque hasta a mí me suena falso. Estando a miles de metros de altura, mientras acepto el interminable desfile

de refrescos con cada vez más cafeína que me ofrecen las azafatas, me doy cuenta de que, para ser alguien que no es un problema, Conor tiene una curiosa forma de ocuparme el cerebro y no me gusta nada la capacidad mental que estoy gastando en alguien que hace años que ni siquiera piensa en mí.

*Mentira*, dice una voz pedante que nunca perdona. *En agosto del año pasado pensó en ti, al menos.*

Soy un cliché tan manido... Una veinteañera enamorada del amigo de su hermano, con el que casualmente se lleva una década y media. Tal vez esta semana consiga desintoxicarme. Redirigir mi vida. Hacer una purga general, de Conor y de todo lo que ha pasado entre nosotros. Será como beber lejía: desagradable, incluso podría matarme, pero, si consigo sobrevivir, seré mucho más fuerte.

Eso, o acabaré con un fallo multiorgánico. No sé, no soy médica.

Aun así, soñar es gratis, incluso cuando mi pesadilla se materializa unas horas más tarde, en el aeropuerto de Catania.

Mientras Tiny seduce a las azafatas de la zona especial para mascotas, mi móvil busca una red a la que conectarse. Echo un vistazo a mi alrededor. Reencuentros efusivos, abrazos y el ritmo pausado de Italia. Cuando el teléfono empieza a vibrar por la llegada de los mensajes, abro el último que me ha mandado mi hermano.

**ELI:** Un conductor os recogerá y os llevará a la villa.

Genial, respondo.

Aunque de genial no tiene nada. Es el uso del plural lo que me preocupa. Eli podría estar refiriéndose a Tiny y

a mí, o a mí y a otro invitado, en cuyo caso, quisiera saber el nombre. Sin tener que preguntar, a poder ser.

Pero no hay tiempo para preocuparme por eso. Los agentes de aduanas inspeccionan el pasaporte sanitario de Tiny. Es una pila de papeles del tamaño de un ladrillo. Después nos sacan a empujones de la zona de seguridad, donde me encuentro con un puñado de preadolescentes bebiendo expreso en unos vasitos diminutos, como si fueran chupitos de mezcal. Agarro el asa de la maleta, dispuesta a enfrentarme a lo que venga, y menos mal. Cuando diviso a un hombre con cara de aburrido sosteniendo un cartel en el que pone «BODA KILLGORE» y a una mujer morena a su lado, se me cae el alma a los pies. Por no decir que pasa de largo y se hunde en el subsuelo.

Qué bien. Justo la persona a quien quería evitar. Y ahora la tengo enfrente.

—Maya, ¿verdad? —pregunta la mujer dando unos pasos hacia mí con elegancia. Una amplia sonrisa le crea un hoyuelo en la mejilla izquierda—. Soy Avery.

No le digo que ya lo sé porque quedaría como una friki que invierte grandes cantidades de tiempo en buscar a la novia del chico que le gusta en redes sociales y averiguar información irrelevante sobre ella.

Que es exactamente lo que yo hago, por supuesto, pero es un secreto que prefiero llevarme a la tumba. Jade tiene órdenes estrictas de borrar todo lo que haya en mis dispositivos electrónicos en cuanto estire la pata.

—He oído hablar mucho de ti, Avery. —Es la respuesta más sincera que se me ocurre.

Me espero un cordial apretón de manos, pero, en vez de eso, se abalanza sobre mí y me da un afectuoso abrazo. No puedo evitar rogarles a mis poros, dilatados tras tantas horas de viaje, que dejen de transpirar, aunque solo sea por un segundo.

—Me alegro de conocerte. ¡Ya era hora! No entiendo cómo no nos han presentado antes —añade.

Es un poco más bajita que yo y no terminamos de encajar bien al abrazarnos. Su nariz acaba en mi hombro y su boca en mi pelo encrespado. Cuando me aparto, me siento incómoda y desaliñada con mis pantalones de chándal llenos de pelos de perro y mi crop top de la Universidad de Texas.

Debería fingir ser más distante. Educada y poco más. El problema es que Avery parece muy agradable, y me cae bien la gente agradable.

—Es muy raro que, viviendo ambas en Austin... —empiezo.

—Nos estemos conociendo en Italia. Ya ves. Sobre todo después de haber oído hablar tanto de la hermana de Eli.

—Todos los rumores son falsos.

Inclina la cabeza.

—¿Qué rumores?

—Los que sea que te hayan contado.

Suelta una risa melódica, un poco ronca. Mierda, creo que hasta se la podría considerar sexy.

—No, no. Tu hermano y Minami están muy orgullosos de ti. Y más después de haber recibido ofertas de tantas *startups*, de haber ganado ese premio, de que el Insti-

tuto de Tecnología de Massachusetts te haya ofrecido un puesto... Todo el mundo te admira un montón. Me daba pena ser la única que no te conocía.

—Ya, bueno, en realidad es culpa mía. Empezaste a trabajar en Harkness el verano pasado, ¿verdad? Pasé la mayor parte del año en Suiza, he vuelto hace solo unas semanas.

—Cuesta seguirte la pista, desde luego. —Se encoge de hombros y lo hace de una forma tan bella y perfecta como es toda ella. Incluso recién salida de un vuelo transatlántico.

No quiero que se sienta incómoda si me quedo mirándole esa piel tan bien hidratada y esos ojos sin rastro de hinchazón, así que me obligo a desviar la vista. A mi alrededor presencio más reencuentros, una mezcla de idiomas, abrazos, besos y más abrazos. El chófer que ha mandado Eli se agacha frente a Tiny y le acaricia la cabeza, un nuevo súbdito dispuesto a someterse ante nuestro rey.

Los ojos de Avery permanecen fijos en mí.

—Lo siento. No era mi intención quedarme mirándote así, pero es... asombroso.

—¿El qué?

—Lo mucho que te pareces a Eli.

Me río.

—Sí, me lo dicen mucho. —Estoy acostumbrada a que me identifiquen primero como la hermana pequeña de Eli Killgore y ya si eso después como un individuo por derecho propio. Tampoco es que me importe demasiado.

—Sí. Te pareces a él, pero a la vez...

—Pero a la vez no me parezco en nada, ¿no?

—Exacto. Resulta inquietante.

Le doy mi respuesta habitual:

—Es por el pelo, negro y rizado. Y por los ojos azules.

—En realidad, es mucho más que eso.

Tanto Eli como yo tenemos la misma barbilla, los colmillos afilados, las piernas demasiado largas en comparación con el torso, las cejas pobladas, el arco de Cupido marcado y la infame nariz de los Killgore: romana y con el puente estrecho. La protagonista de nuestro rostro. «Una nariz imponente y orgullosa», decía papá, y yo negaba con la cabeza y buscaba en Google tutoriales de maquillaje sobre cómo aplicarme el contorno y el iluminador para crear una naricita más mona, o calculaba cuánto tendría que ahorrar para pagarme la rinoplastia. Cuando teníamos trece años, Jade se ofreció a darme una hostia con un palo de hockey para ver si así se redistribuían un poco las cosas. Le dije que nanay.

Y, de repente, un día me desperté y decidí que mi cara estaba bien como estaba. Papá se pondría tan contento de saber que he conseguido hacer las paces..., no, de que he conseguido hacer *alarde* de los genes Killgore.

—Es curioso que os parezcáis tanto. —Suelta una risita—. Y ya me callo. Es que eres guapísima, y él también es... —Frunce el ceño, como si se acabara de dar cuenta de hacia dónde se dirige esa frase.

—Tranquila, te entiendo perfectamente —digo para quitarle hierro al asunto. Sé qué es lo que la desconcierta: que Eli y yo estamos hechos de las mismas piezas, pero el resultado es diferente a más no poder. Que los mismos

rasgos pueden ser bellos y encajar a la perfección en un rostro masculino y, a la vez, en uno femenino. Tampoco ayuda que él tenga un aspecto tan varonil, mientras que mi estilo personal es de lo más cursi.

—Algo me dice que tú y yo nos vamos a llevar muy bien —concluye.

Trago saliva. Detesto que sea tan amable. Y detesto la idea de tener una buena relación con esta mujer que...

—*Andiamo?* —pregunta el conductor, interrumpiéndonos. Es un hombre mayor. Fornido. No parece hablar nuestro idioma lo suficiente como para entender la conversación entre Avery y yo, pero no ha tenido ni el más mínimo problema en encontrar una forma efectiva de comunicarse con Tiny—. *Andiamo* —repite con más firmeza, señalando la salida.

—Sí, por favor —responde Avery.

Yo también asiento, aliviada.

Él señala mi maleta con gesto inquisitivo. Al ver que le digo que no con la cabeza, me guiña un ojo, coge el equipaje de Avery y juntos nos adentramos en el sofocante calor siciliano.



*La razón y el deseo  
entran en conflicto en este romance  
de verano ambientado en Italia.*

**M**aya Killgore tiene veintitrés años y todavía está en proceso de descubrir qué hacer con su vida.

Conor Harkness tiene treinta y ocho, y Maya no puede dejar de pensar en él.

Es un cliché tan manido que le va a explotar el corazón: hombre mayor y mujer más joven; ricachón que trabaja en el sector biotecnológico y estudiante de posgrado con dificultades para llegar a fin de mes; el mejor amigo de su hermano y la chica en la que él ni se había fijado. Como bien le ha dicho Conor en más de una ocasión, la dinámica de poder está demasiado descompensada. Cualquier relación entre ellos sería conflictiva por muchos motivos, así que Maya debería quitárselo de la cabeza. Al fin y al cabo, Conor ha dejado claro que no quiere que ella forme parte de su vida.

Dado que el hermano de Maya ha optado por celebrar su boda en Taormina, ella y Conor acaban teniendo que pasar más de una semana juntos en una romántica villa siciliana. Allí, en la maravillosa costa jónica, entre ruinas antiguas, comida deliciosa y cuevas naturales, Maya se da cuenta de que Conor quizá le oculta algo. Y, cuando la boda en Italia empieza a traer problemas, decide que a lo mejor lo único que necesita es vivir un amor de verano complicado.



**CONTRALUZ**

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-19822-93-2



9 788419 822932

Cód.: 3530170